

vero; pero si yo quiero, desde ahora estoy reconciliado con mi Juez: bien sé que me es preciso sufrir el decreto de una exactísima justicia; pero esta misma justicia se halla enteramente aplacada con una infinita satisfaccion, la que yo puedo aplicarme desde este mismo instante.

En el instante de la muerte, es, Catholicos, quando mas se gustan las dulzuras de la Religion: ¿qué consuelo se experimenta entonces en tener un Salvador? ¿Qué alegría el morir entre los brazos de Jesus, y teniendo en la boca su dulcísimo nombre? Venid, pues, Jesus mio, venid presto: abrid puer-
tas del Cielo: no puedo, Señores, formar otras expresiones; por una parte, el mundo me está manifestando su fragilidad; por otra mi Jesus me está prometiendo unos bienes eternos, ¿pues cómo he de permitir que mis deseos se dirijan à los bienes del mundo? ¿ni cómo he de pedir que se me retarde la posesion del verdadero bien? No, Jesus mio, venid presto, venid, y poned el sello à mi entera libertad.

Hujus rei gratia flecto genua mea ad Patrem D. N. J. C. poseído de estas santas ideas, me arrodillo oy delante del Padre de mi Señor Jesu-Christo. Oh, Padre Celestial, bendecidnos à todos por los meritos de vuestro Hijo: por su mediacion somos ya hijos vuestros: bendecidnos, Señor, no con la bendicion terrestre de Esau, lo que os pedimos es disgusto del mundo, amor à la eternidad, vuestra paz, y vuestro Reyno; esto os pedimos por Jesu-Christo, *qui vivit, &c.*

SERMON

PARA EL DIA DE LA EPIPHANIA.

¿Ubi est, qui natus est, Rex?

¿Dónde está el Rey recién nacido? *Matth. cap. 2.*

EN Jesu-Christo resplandece oy, respecto de los Soberanos, una soberana autoridad, haciendo que los Reyes se arrodillen en su presencia: manifiesta un Soberano poder, haciendose temer de los Reyes; y una Magestad Soberana, haciendose adorar de los mismos Reyes.

¿Qué oposicion se advierte, Catholicos, en las ideas, que nos dán del Salvador, el Misterio de este día, y el de su nacimiento! Aún podeis tener presente la pobreza, y soledad, en que se halló al salir del seno de Maria; en aquella noche no tuv-
mas compañía, que la de unos pobres Pastores, mas propios para manifestar su humillacion en el Pesebre, que para honrarle con sus visitas: en aquella noche todo fue obscuridad, y silencio, y causa admiracion, el que los hombres cuidasen tan poco de recibir al Mesias, à quien havia tantos siglos, que esperaban; pero si bolvemos oy à Bethlem, ¿qué mudanza no se advierte en el mismo lugar? Apenas alcanza la Ciudad toda, para recibir el pomposo aparato de equipages, y el concurso de los Grandes del mundo, que vá à adorar à Jesu-Christo: ya no se vé en aquel pobre establo, mas que oro, purpura,

y perfumes: ya no son Pastores los que le adoran, sino Reyes, que postrados en su presencia, ponen à sus pies sus Coronas: estos Principes, que llegan desde las extremidades del Oriente, han publicado por todo su camino la nueva, que les ha movido à emprender tan largo viage, la han publicado tambien en Jerusalem, y ha llegado hasta el Palacio de Herodes; y asustado con ella el Tyrano, tiembla en su mismo Trono.

Este es, Catolicos, el Misterio, que oy celebra la Iglesia; yo no sé qué ideas havria excitado en vosotros su meditacion; pero à mí me parece, que este es el Misterio del reynado de Jesu-Christo, así como su nacimiento es el Misterio de su pobreza: en aquel dia visteis, que nació pobre: y que parecia ser Dios solamente de los pobres, pero oy le contemplo Rey, y aun Rey de Reyes.

El Reynado es una qualidad, compuesta de otras muchas, que pueden reducirse à tres principalmente: incluye la autoridad, con la que se hace obedecer; el poder, con el que se hace temer; y la magestad, con la que se hace respetar, y venerar de los hombres. La autoridad es como la basa, y el fundamento del Trono, el poder le sirve de apoyo, y la magestad de adorno: es, pues, indubitable, que entre todos los Soberanos, que hasta ahora han reynado en la tierra, ninguno poseyó mas perfectamente, que Jesu-Christo estas tres prerrogativas. Su Padre le concedió sobre todas las criaturas la misma infinita autoridad, que él tiene sobre ellas, y le comunicó su Omnipotencia, haciendole parte de su naturaleza: y la Divinidad, que habitaba en él corporalmen-

mente, como se explica San Pedro, se manifestaba en su rostro con tan augustas, y claras señales, que solo con dexarse ver, se hacia respetar; pero no obstante todas estas prerrogativas; no obstante ser este mundo visible, parte de su Reyno eterno: su Reyno no era de este mundo; solamente quiso reynar en la tierra, despreciando todas las grandezas terrestres, y aunque desde entonces fue superior à todos los Reyes por razon de su dignidad, se contentó con hacer ver, que por su virtud era mayor, que todos los reynados.

La Epiphania, el Misterio de este dia, es el unico en que se manifestó, como en la realidad era; hizo en este Misterio, lo que suele hacer el Sol en los dias mas oscuros de la estacion, en que nos hallamos; antes de ocultarse enteramente entre las nubes, con que ha de estar encubierto todo el dia, se dexa por ver por un instante, al tiempo de nacer, como para avisar à los hombres que empieza su curso, y que aunque en lo restante del dia no le vean, no por eso dexa de estar presente. Oy, Catolicos, se manifestó Jesu-Christo con todo el resplandor de su gloria, para dar una prueba indubitable de que era el Rey de todos los hombres, y dió à conocer, que tambien era Rey de Reyes: oy hace ver Jesu-Christo con la mayor claridad à todos los Soberanos, la superioridad de una autoridad soberana, de un poder soberano, y de una Soberana magestad: esto os manifestaré, dividiendo el discurso en tres partes; haciendoo ver en la primera, que hace à los Reyes dociles à sus ordenes; en la segunda, como se hace temer de los Reyes; y en la tercera, como

se hace respetar de los mismos Reyes: se hace obedecer à la menor señal, que manifiesta de su voluntad; hace que sea temido hasta su mismo nombre; y solo con dexarse ver, se hace respetar; este es el asunto de este discurso, el que probaré, haciendo algunas breves reflexiones sobre cada punto, saludando antes à la Reyna de los Angeles, y pidiéndola su proteccion. AVE MARIA.

PUNTO PRIMERO.

SI es cierto, como es comun opinion de los Sagrados Interpretes, siguiendo à San Agustin, y à San Leon, que los Magos llegaron à Bethlem, trece dias despues del Nacimiento del Salvador del mundo, no se puede dudar, que partieron de Arabia, en donde reynaban, inmediatamente que vieron la nueva Estrella, y que un viage tan largo no se pudo hacer en tan pocos dias, sin usar de una extrema diligencia: por eso dixeron ellos mismos, que no havian dilatado su partida, ni un instante: *Ecce vidimus Stellam ejus in Oriente, & venimus.* Inmediatamente que vimos la Estrella, nos pusimos en camino; la vimos, y obedecimos al momento, sin tardanza; apenas se nos intimó la orden para marchar, quando la pusimos en execucion: *Vidimus, & venimus.*

Y à la verdad, la misma Estrella, aunque llevada por un Angel por medio de los ayres, se adelantó muy poco à su marcha: *Et ecce Stella, quam viderant in Oriente, antecedeat eos;* y aún puede ser, que ellos se huviesen adelantado, à no ser la pre-

precision que tuvieron de detenerse en Jerusalem, para informarse del lugar, en que havia nacido Jesu-Christo: bien sé que esta Estrella retarda, ò apresura su movimiento, conformandose con las disposiciones de los Magos, à quien guia: *Temperat gradus,* dice San Agustin, *donec Magos perducatur ad puerum.* Pero tambien sé, que era una figura de la gracia, que, como dice San Bernardo, es enemiga de la lentitud, y tardanza; de modo, que aunque contemporizaba con su flaqueza, nunca hubiera favorecido su negligencia. De donde infero, que no pudo ser mas pronta su obediencia, pues se guia tan de cerca à la obediencia del Angel, que los guiaba, y correspondió en el efecto, al deseo que tenia Jesu-Christo de recibir sus adoraciones, y respetos.

Lo mas admirable en esta obediencia es, que despues de haverse manifestado la Estrella à los Magos en su País, estuvo oculta todo el camino hasta, que llegaron à Bethlem; asi lo sienten muchos sagrados Interpretes. y aun el Evangelio parece, que no dexa razon, para dudar: *Vidimus Stellam ejus Oriente;* vimos su Estrella en Oriente, dicen al Rey Herodes, y poco despues prosigue el Evangelista: *Et ecce Stella, quam viderant in Oriente, antecedeat eos.* Bolvieron à ver repentinamente la Estrella, que se les havia manifestado en Oriente; lo que prueba, que luego que salieron de su País, se les havia ocultado, y asi, luego, que la vieron al salir de Jerusalem, fue tan grande su alegria, que no halló San Mathéo palabras suficientes, para explicarla: *Gavisi sunt gaudio magno valde.* Quedaron

ron llenos de contento; lo que no huviera sucedido, à no haver sido tan grande su admiracion, y si no huvieran buuelto à ver la Estrella, despues de tan largas tinieblas, y quando ya no lo esperaban: Dios procedió con ellos de este modo, para probar mas su obediencia: si nunca huvieran perdido de vista aquella luz, si siempre huviera caminado delante de ellos, huviera desvanecido todas las dudas, que es regular les ocurriesen en tan largo viage: este milagro continuado, alentando su fé, y manteniendo el fervor, que les havia inspirado en el principio, nada huviera dexado que hacer à los movimientos generosos de su corazon; pero el nuevo Rey queria, que le tributasen una sumision ciega, y penosa; queria, privandolos de aquel exterior auxilio, dar lugar al combate, que sin duda se levantaria en sus almas, entre el deseo de obedecer, y el temor de ser engañados, entre los motivos, y las dificultades de la obediencia.

Pero quisiera averiguar, cómo conocieron aquellos Reyes la voluntad de este nuevo Rey: bien sé que San Agustin dice, que aquella nueva Estrella era la lengua del Cielo, que anunciaba con su resplandor extraordinario el milagro de un Niño nacido de una Virgen: *Magnifica lingua Cæli, quæ inusitatum Virginis partum inusitato fulgore clamaret.* Pero era una lengua muda; por grandes que fuesen sus resplandores, era una señal muy obscura del Nacimiento del Salvador, y aun mas obscura de que la voluntad de Dios los llamase à Bethlem: bien pudiera el Señor haverles enviado por ministerio de un Angel una orden expresa, de que fuesen à donde estaba la cuna del Niño recién nacido; así lo hizo con los Pas-

tores: la dignidad que los Magos ocupaban en el mundo, y las grandes dificultades del precepto, parece pedian mas formalidad, que la que havia en una señal de esta naturaleza; pero el Salvador, que se hizo semejante à los pobres, quiso tratar à los Pastores como à hermanos; y con los Reyes, cuyo fausto, y vanidad venia à pisar, quiso portarse como Rey, y así basta que una Estrella les anuncie el Nacimiento del nuevo Monarca: y si es cierto, como dicen muchos Autores, que aquel Astro tenia una cola como los cometas, la que se estendia ácia la parte de Judea, no era necesario mas para darlos à entender, que el nuevo Rey los esperaba en una Ciudad de aquel Reyno, y que ácia aquella parte debian dirigir su camino: además de que mas vale exponerse à un viage largo, y penoso, que ponerse à riesgo de desobedecer al Soberano: puede ser que el Señor no les pidiese una prueba tan grande de su sumision, pero tambien puede ser que se la pidiese: el vasallo fiel no ha de dudar en seguir el partido, que no puede menos de ser agradable à su Soberano, por muchas dificultades que en él halle. ¿No admirais, pues, Catolicos, la sumision de estos tres Reyes? ¿Si Jesu-Christo se porta con ellos como verdadero Señor, no proceden ellos como zelos subditos? El Señor se contenta con una señal dudosa para mandarlos, y ellos no esperan mas pruebas para obedecer: no faltaban pretextos, para negarse à abandonar sus Estados, y entrar en Países extrangeros, pero lexos de pensar en formar vanas dificultades, solo piensan en los medios de vencer los obstaculos verdaderos, y que parecian invencibles.

Id, pues, ò grandes Reyes, Principes verdaderamente dignos de mandar à todo el Orbe, pues tan bien sabeis obedecer, id à tributar vuestros respetos al Niño, que os llama: en nada degradais vuestra dignidad, ofreciendole vuestros servicios, pues el servirle es reynar; id en hora buena; el gusto de verle, servirá de recompensa à vuestras fatigas, y no será este gusto la unica recompensa, que tendreis: à que punto de grandeza, vais à ser enalzados, por haver adorado los divinos abatimientos de Jesus. El es el Señor de todos los Reyes del mundo, y basta decir, que os hará sentar al lado de su Trono, y que os asociará à su Imperio: llegará dia en que seais Apostoles suyos, y por consiguiente Jueces de todo el universo; y la muerte, que trastorna todas las Coronas, añadirá à las vuestras la mas preciosa de todas, que es la del martyrio.

Pero confesemos, Catolicos, que Jesu-Christo tiene pocos vasallos tan rendidos, como los Magos: admiracion causa, que entre tantos Gentiles como vieron la Estrella. solo ellos obedeciesen, pero todavia admira mas, que apareciendonos à nosotros todos los dias tantas Estrellas, ninguna de ellas sea capáz, para movernos à imitar su exemplo: llamo Estrellas, siguiendo el estilo de los Santos Padres, à las inspiraciones que nos convidan à temer, y amar à Dios. ¿Quántas de estas Estrellas haveis ya visto, Catolicos? Y sin hablar de los piadosos movimientos, con que Dios os llama, ya sea en el estado de prosperidad, ya en el de las desgracias que os suceden: ¿Quántos Predicadores inspirados por Dios

Dios os han dicho, lo que precisamente debeis hacer, para corresponder à sus llamamientos? Aquel Ministro, en cuyo pecho depositais los secretos de vuestra conciencia, ¿no os lo está continuamente diciendo? y aun quando él no os lo dixera, ¿podriais dexar de oir la voz del mismo Dios, que os está hablando en lo mas intimo de vuestra alma? ¿Podriais dexar de oiros à vosotros mismos? pues como afirma San Gregorio el Grande, muchas veces se vale Dios de nosotros mismos, para llamarnos à sí: *Vocat per Apostolos, vocat per Pastores, vocat etiam per nos*; y à la verdad, muchas veces os haveis dicho à vosotros mismos de parte de Dios, lo mismo que Dios os pide. Nosotros, Catolicos, no vivimos como verdaderos Christianos; parece, que hemos de habitar en el mundo por toda la eternidad, ò que no estamos destinados al mundo, para trabajar para la eternidad: hacemos una infinidad de gastos inutiles, y no damos una limosna; ya es tiempo de que nos retiremos del mundo, para pensar unicamente en nuestra salvacion: si no lo hacemos, nos cogerá la muerte entregados à unas fribolas diversiones, ò ocupados en negocios inutiles: por mas que nos digan, que no ofendemos à Dios, pasando los dias enteros en el juego, en conversaciones vanas, en los deleytes de la mesa, y en las diversiones del siglo, bien conocemos, que le agradariamos mas, haciendo mejor uso del tiempo, que nos concede: conocemos nuestro desordenado amor à la vanidad, y à la codicia: conocemos, que no tenemos verdadero amor à nuestro progimo, y que por mas que digamos, sentimos dentro de nosotros una disposi-

cion contra los que nos han ofendido, que en la realidad es odio verdadero: ¿qué distantes nos hallamos de la perfeccion del Christianismo! ¿Podremos decir que caminamos por la estrecha senda, que guia al Cielo, quando no nos privamos de gusto alguno, quando no cuidamos de reprimir en nuestros corazones los movimientos de la ira, ni de desarraigarnos el amor à los deleytes, y el deseo de las riquezas? Dios nos pide estos cuidados, ya há mucho tiempo que nos insta, y estamos oyendo su voz dentro de nuestra alma: *Vocat etiam per nos.* Esto es lo que continuamente nos estamos diciendo à nosotros mismos.

¿Pues qué hemos de responder, Catholicos, quando Dios nos arguya con nuestra desobediencia, quando nos ponga por testigos contra nosotros mismos, y quando nos reproduzca nuestros propios pensamientos, de los que quiso servirse para manifestarnos su voluntad? El desprecio que hacemos de estos pensamientos, entregandonos al torrente del mundo que nos arrastra, y al impetu de las pasiones que nos ciegan, este desprecio nos parece oy cosa de poco momento: pero creedme, Señores, en la hora de la muerte, se piensa de otro modo: entonces se halla el alma llena de confusion, por haber de ir à parecer delante de Jesu-Christo, despues de haver hecho tan poco caso de sus consejos, despues de haverle negado con tanta obstinacion unos sacrificios que nos pedia con tanta instancia, y tanto amor: mucho atrevimiento seria entonces pedir al mismo Señor, que nos concediese lugar en su Reyno eterno.

Pero acompañemos à los Magos à Jerusalén, y veamos los efectos del poder del nuevo Rey, cuyo nombre solamente hace temblar en el Trono à uno de los mayores Monarcas del mundo.

PUNTO SEGUNDO.

NO sé si en lo que voy à decir, son mas de admirar estos Principes estrangeros, ò el Rey Herodes; la resolucion que estos manifestaron, preguntando al mismo Rey de Judea, dónde havia nacido el Rey de los Judios, ò el temor que à éste le ocasionó tan inopinada pregunta: los Magos no podian ignorar el caracter de Herodes, porque era conocido en toda la tierra, tanto por sus extraordinarias acciones, como por sus enormes delitos: habia usurpado el Trono en que se hallaba sentado; y despues de haverse abierto el camino para él con infames ardidés, llenó de asesinatos su propia casa, temiendo que le quitasen lo que él mismo havia usurpado à otros: fueron víctimas de sus furiosos zelos el padre, la madre, y el primo de su esposa, Principes à quienes pertenecia el Reyno: à la illustre Mariamne no la pudo librar de la crueldad de este ambicioso marido, ni su nacimiento, ni su incomparable hermosura, ni su virtud, mayor aún que su belleza: mandóla dar la muerte, no obstante ser tan grande el amor que la tenia, que aseguran los Historiadores no haverse visto jamás exemplo de una passion tan viva: tampoco perdonó à sus propios hijos, havidos en esta virtuosa Princesa, temiendo que aspirasen al Trono por el derecho de su madre: este,

te, pues, era el Tyrano à quien nuestros Reyes llegaron à pedir noticias del legitimo Rey de Judea: este era el hombre à quien dicen, que el Cielo se ha declarado à favor de otro Principe: en la misma Corte de Herodes, y en su propio Palacio, se atreven à publicar el nacimiento de este nuevo Rey, y à declarar, que el unico objeto de su viage, desde los países mas remotos del Oriente, es tributarle los debidos respetos: ¿no es este valor una prueba extraordinaria del poder de Jesus recién nacido? ¿No se conoce en esto, que nada se aventura en declararse por él, pues hace que sus siervos hallen toda seguridad aun en la Corte de un Principe tan malo?

Contraoponed al mismo tiempo, Catolicos, à esta seguridad, la flaqueza de Herodes, à quien ni sus Guardias, ni sus inmensas riquezas, ni la reputacion de las Armas de los Romanos, que le favorecian, fueron suficientes para librarle del temor de que se halló sobrecogido: *Audiens autem Herodes Rex, turbatus est*: se sobrecogió al oír nombrar al Rey de los Judios; y si hemos de juzgar de este temor por los efectos que produjo, sin duda que fué estremado; porque dexando à parte la inquietud que ocasionó à esta vieja serpiente, que con sus ardides habia sabido escapar de los mayores peligros, oíd à qué terminos le reduxo: jura la muerte del nuevo Rey, recurre à la perfidia para perderle, como si desesperara de poderle vencer à fuerza abierta: junta los Doctores de la Ley, dice el Evangelio; pregunta en dónde podrá hallar à Jesus-Christo; y habiendo sabido que los Profetas señalaban à Bethlem por lugar de su nacimiento, dirige

acia

acia allá à los Magos, encargandoles que hagan las mas exquisitas diligencias, y que luego que le hallen se lo avisen, fingiendo querer él tambien ir despues à adorar al recién nacido infante; pero ¿por qué sabiendo el lugar en donde havia nacido, no iria, con pretexto de adorarle, y de acompañar à aquellos tres Principes, à executar él mismo el barbaro proyecto que havia formado? ¿Por qué se fiaria de unos desconocidos, que acaso habrian advertido su turbacion, que conocian su genio ambicioso, y cruel, y que al fin le engañaron? ¿Por qué diferiria la execucion de un proyecto tan importante para su sosiego? ¿Quántas inquietudes, y quántas muertes hubiera escusado, abrazando este partido? ¿No era este camino el mas corto, y mas seguro? Sí, Señores, sin duda que lo era; pero si Herodes vá en compañía de los Magos, teme hallar al Niño, cuyo nacimiento tanto le asusta: conoce que aquel Niño es su Soberano; su mismo corazon se lo está diciendo desde el instante en que le oyó nombrar, y no se halla con bastante valor para presentarse delante de un Rey, cuyo solo nombre le ha hecho temblar.

Y supuesto que se informó con tanto cuidado del tiempo en que empezó à manifestarse la Estrella: *Clam vocat is Magis diligenter didicit ab eis tempus Stellæ*, y por otra parte, es regular que supiese el dia en que Jesus havia sido presentado en el Templo, no podia menos de saber tambien su edad: ¿pues por qué sacrifica à su desconfianza todos los niños, que no llegaban à dos años? Porque quando el temor llega à lo sumo, pierde el uso de la razon, le parecen cortas las mayores precauciones, y des-

con-